

# ÍCONO BÍBLICO PARA EL HORIZONTE INSPIRADOR 2012 - 2015

Ir. Lucia Weiler, IDP

Jn 11,1 - 12,11: Comunidad /  
Casa de Betania

La profesión de fe de Marta  
El signo del paso de la muerte  
a la vida de Lázaro  
El perfume de amor de María

Este momento de la Vida Religiosa latinoamericana y caribeña, nos confronta cada vez más, tanto *ad intra* como *ad extra*, con evidencias de muerte que claman por señales de vida.

Pensando en un ícono bíblico, capaz de animarnos con realismo esperanzador, somos invitadas/os a entrar a la casa de Betania para formar comunidad:

- Con Marta, que profesa la fe en Jesucristo, quien a su vez se presenta como “la resurrección y la vida” (cf. Jn 11,25).
- Con Lázaro, que en su situación de atado, y puesto detrás de una piedra, oliendo mal, necesita de la ayuda de sus hermanas para llamar a Jesús, dejándose llamar por su propio nombre y acogiendo la ayuda de muchas y muchos para quitar la piedra y desatar las vendas, a fin de poder caminar libremente.
- Con María, que derrama el buen perfume del amor, como gesto de solidaridad con Cristo que entrega su vida hasta el final, como una forma radical de servir en el amor.

El contexto apunta hacia una duda de fe existencial. No se trata solamente de la comprensión

sobre si existe la vida después de la muerte, sino de la supervivencia, del futuro de la comunidad que, representada en la persona de Lázaro, está muerta. Después de cuatro días ya huele mal. Por eso el relato introductorio describe ampliamente el escenario, con preguntas sobre la enfermedad, el adormecimiento y, finalmente, la muerte de Lázaro (Jn 11, 1-16).

Esta misma duda la podemos aplicar a la Vida Religiosa en muchas situaciones de hoy: ¿será que estamos durmiendo?, ¿o enfermas/os? ¿o decretamos nuestra muerte y ya comenzamos a deteriorarnos?

Dos mujeres de la comunidad de Betania, hermanas de Lázaro, perciben que el problema no es la pérdida del hermano, sino que su hermano murió por el hecho de que la comunidad había perdido a Jesús. Perdieron la referencia común, o sea, la visión referencial. Por eso van al encuentro de Jesús. Luego, cuando lo encuentran, expresan el mismo lamento en forma exclamativa: “Señor, si hubieras estado aquí, no habría muerto mi hermano” (Jn 11, 21.32).

Como portavoces, ellas expresan el clamor de la comunidad que se siente desorientada ante la crisis de tantas muertes, y atribuyen esto a la ausencia de Jesús. ¿Cómo creer en la presencia viva y actuante de Jesús, en el tiempo de su ausencia? ¡Éste es el desafío! Jesús lo formula así:

*“Yo soy la resurrección.  
El que cree en mí,  
aunque muera, vivirá;  
y todo el que vive y cree en mí  
no morirá jamás.  
¿Crees esto?” (Jn 11,27).*

La respuesta pronta e inmediata de Marta tiene como contenido la misma fórmula de fe de Pedro, el líder de la Iglesia apostólica:

**“Sí, Señor, yo creo que tú eres el Cristo, el Hijo de Dios, el que iba a venir al mundo” (Jn 11,27).**

Pero cuando llega el momento de llamar a Lázaro para que salga de la tumba, ella duda. Este hecho muestra que la fe es un proceso que debe ser traducido en la práctica concreta del compromiso comunitario. Para que el hermano vuelva a la vida es necesario, además de la presencia de Jesús

y de su Palabra: “Lázaro, sal fuera” (Jn 11,43), también el compromiso activo de la comunidad.

La palabra de Jesús que agradece al Padre y llama a Lázaro a salir, es una parte de la señal. La otra exige el compromiso de la comunidad que debe implicarse en el “quitar la piedra”, desatar las vendas o ataduras, para dejar a Lázaro caminar libremente.

Si observamos bien, desde el punto de vista literario, se trata de una narrativa circular y no-lineal, típica de los escritos joánicos. En este sentido, en el inicio del texto (Jn 11,1-2) ya se introduce la escena, haciendo memoria del gesto de la unción que María hace de Jesús, esparciendo un perfume que impregna toda la casa. Su narrativa sólo acontecerá en el capítulo 12. Se trata de escenas contrastantes y/o complementarias, que van construyendo la hora de Jesús en el evangelio joánico. Por eso, en oposición al mal olor (cf. Jn 11) encontramos el perfume derramado por María, que impregna toda la casa (cf. Jn 12,3). De la misma forma, avanzando en la lectura del Evangelio, encontramos el Lavatorio de los pies de Jesús, como gesto de amor-poder-servicio (Jn 13,1-18),

en simetría con el gesto de la mujer del perfume.

Para Juan, la mujer protagonista del gesto de perfumar a Jesús, es María de Betania, su amiga, y no la pecadora aquella (cf. Lc 7), de la cual se dice que expulsó siete demonios. Faltan seis días para la Pascua. Jesús va a Betania. Allí encuentra a las personas que más ama: Lázaro, Marta y María, y ellas le ofrecen una cena. Marta sirve (*diakonei*), Lázaro es uno de los que estaban con Jesús en la mesa (posición de una persona libre) y María se convierte en el agente principal de la escena.

Esta perícopa contrasta con la situación en la cual la misma comunidad de Betania se encontraba en el capítulo anterior: la piedra frente a la tumba, Lázaro está muerto, amarrado y dentro de la tumba. Jesús está ausente y debe ser llamado por Marta y María. Hay mal olor (cf. Is 3,24).

Aquí, en el centro del Evangelio (Jn 12,1-11), la comunidad, rehecha en el amor, exhala el buen perfume que llena toda la casa. Jesús se prepara para su hora. El sentido bíblico del perfume es muy fuerte desde los ritos de la consagración-alianza (cf.

Ex 30, 1-10. 22-38), hasta lo que leemos en 2Cor 2,14-16: “¡Gracias sean dadas a Dios, que nos asocia siempre a su triunfo en Cristo, y difunde por todas partes, a través de nosotros, el olor de su conocimiento! Pues nosotros somos para Dios el buen olor de Cristo, que se expande entre los que se salvan y entre los que se pierden”.

Nos llama la atención, que esa mujer que es vista por los evangelios sinópticos como pecadora (cf. Lc 7,36-50), en Juan es la amiga de Jesús, María, hermana de Lázaro y de Marta (cf. Lc 10,38-42). En un gesto simbólico de amor extremo, María unge a Jesús para su Hora suprema. La entrega de su propia vida no es sólo un gesto simbólico más, sino un hecho de amor comprometido hasta las últimas consecuencias. Muy revolucionaria, desde el punto de vista ético, es también la actitud de Jesús, que permite que una mujer, María de Betania, perfume su cuerpo, ungiéndole los pies y enjugándolo con los cabellos (cf. Jn 12,3).

Como Vida Religiosa, estamos invitadas/os a darnos cuenta, personal y comunitariamente, de las “piedras” y de las “ataduras” que nos impiden salir de los sepulcros

y caminar libremente. Estamos invitadas/os a percibir, como Marta y María, los espacios donde falta Jesús, donde deberíamos anticiparnos para que la vida no muera antes de tiempo, para que no perdamos la relación de hermandad. Así, en la riqueza de imágenes y símbolos de este ícono bíblico, la Vida Religiosa está invitada a renovar una clara opción por los pobres. La afirmación de Jesús, muchas veces mal interpretada, “pobres siempre tendrán con ustedes, pero a mí no siempre me tendrán” (Jn 12,8), no es más que una confirmación de la opción por los pobres descrita y prescrita en el Antiguo Testamento (cf. Dt 15,7-11). Una clave de lectura importante para la comunidad joánica, es que el verdadero amor pasa por la opción por los pobres que fue la opción de Jesús: “Si alguno que posee bienes materiales ve que su hermano está necesitado y le cierra sus entrañas, ¿cómo puede residir en él el amor de Dios?” (1Jn 3,17).

En fin, la propuesta del texto del Evangelio de Juan nos remite al ambiente de la tercera generación cristiana, a finales del siglo primero, cuando ya se da una fuerte tendencia a la organización de la Iglesia con servicios y minis-

terios jerarquizados, que finaliza en el siglo III. La comunidad del Discípulo Amado, que es la casa de Betania (Jn 11-12), la casa a la cual el Discípulo Amado es convidado a llevar a la madre de Jesús como su madre (Jn 19,25-27), invita a otra forma circular de organización, a partir del amor de las relaciones de amistad (cf. Jn 15,9-17).

Podemos decir que el Evangelio según Juan es muy actual para una relectura de la vida cristiana hoy, aunque haya sido muchas veces relegado a un segundo plano, o mal interpretado con claves hermenéuticas gnósticas y dualistas. Empero, lo que aparece como dualismo en Juan, por ejemplo, “Dios vs. mundo”, “vida vs. muerte”... puede ser interpretado desde el sentido de la radicalidad de la opción por el proyecto de Jesús. La biblista Luise Shotroff llama a esto “dualismo de decisión”.

Sabemos que esta comunidad del discipulado en el amor presenta una propuesta alternativa y complementaria a la Iglesia Apostólica. En su base está el amor, y cuando por los años 110-130 el “pequeño resto” fue asumido por la Iglesia Apostólica, Pedro, que

era el representante de esta Iglesia, es llamado a hacer tres veces la profesión del amor (cf. Jn 21,15-23). Esto revela la identidad de la comunidad y la resistencia por querer mantenerla. Incluso uniéndose a la Iglesia Apostólica, la lección que la comunidad de Betania deja, es que el amor y la comunión en la igualdad de relaciones amigas y no esclavas del poder, generan la verdadera eclesialidad.

Una asamblea que se propone buscar la centralidad de la Palabra, que tiene voz, rostro, casa y que hace camino, puede encontrar aquí el corazón de la misma Palabra. Con nuevas hermenéuticas liberadoras, siempre puede reencontrar de nuevo el camino del seguimiento radical de Jesús como discípulas y discípulos, a través de relaciones que buscan la igualdad en la dignidad, en la participación y la responsabilidad en el amor. Así podemos testimoniar con la comunidad joánica “lo que hemos visto y oído les anunciamos” (cf. 1Jn 1,1ss).